

fuera Dios. Los sacerdotes reunidos en Reims estaban dispuestos á sacar las consecuencias de esta demoleadora crítica del estado en que entonces se encontraba el pontificado: la Iglesia romana había perdido otros extensos territorios; ya no dominaba en las diócesis de Antioquía, Alejandría y Constantinopla: las palabras del Apóstol (2, Thessal., 2 y 3) respecto de la separación no solo de los pueblos sino también de las iglesias, se habían cumplido; Roma se encontraba aislada y no sabía salir del paso, como no había sabido hacer salir de él á los demás. La Iglesia franco-occidental estaba á punto de separarse de Roma, lo cual, de realizarse, no solo hubiera significado que el suelo se hundía bajo las plantas de la Iglesia sino que habría sido la destrucción de una de las condiciones más esenciales de la situación á que se había elevado el imperio de los Otones con su dominación sobre el papado y sobre la Iglesia.

Esta evolución desfavorable que en Italia y en Roma se realizaba veíase favorecida por las dificultades que con intensidad creciente surgían en el Norte y que obligaron á la regente á regresar precipitadamente á Alemania en el momento



Moneda de plata de Hugo Capeto

Anverso: la inscripción GRATIA DI DVX, en el centro el monograma HVGO. Reverso: en el centro PARISI CIVITA, en dos líneas entre dos cruces.

mismo en que se preparaba á intervenir con mano enérgica en los desórdenes de Roma y del Oeste de Francia. Apenas vencidos los rebeldes abodritos, sublevóse Boleslao de Polonia, aliado con los lintzes paganos. Eckardo de Misnia consiguió, sin embargo, restablecer la consideración de Alemania, que tan rudas sacudidas estaba sufriendo, y arreglar amistosamente una contienda que sobre la posesión del trono había surgido en Polonia, de tal suerte que esta continuó sometida á la soberanía alemana. Con esta conversión hacia el Nordeste dió Teofana á su política un carácter eminentemente nacional y evitó la falta cuyas consecuencias habían arrojado tan negras sombras sobre los últimos tiempos del reinado de Oton II, pues la defensa de la soberanía alemana contra los ataques de los wendos, polacos, daneses y bohemios, y la constante propagación de la cultura alemana y cristiana hacia el Norte y hacia el Este, comenzada en tiempo de Oton el Grande, eran las bases sobre las cuales descansaba, á los ojos del mundo, el derecho que al imperio tenía la casa sajona. Es notable que se debieran á una griega el restablecimiento del equilibrio entre las tendencias nacionales y las universales y el remedio de los perjuicios que su esposo Oton había causado al imperio atendiendo casi exclusivamente á las últimas. La dominación de la extranjera, en un principio acogida con desconfianza y con injurias, conquistóse poco á poco, con su talento y prudente conducta y con su celo por los intereses de la nueva patria, el respeto de los príncipes y del pueblo. El esplendor con que, rodeada de los magnates del imperio y solicitada sumamente por Miecislao de Polonia y Hugo de Tuscia, celebró la Pascua del año 991 en Quedlinburgo, es decir, en el centro del país sajón, es buena prueba del triunfo por ella conseguido y de la solidez siempre creciente de su gobierno. La muerte de esta emperatriz, acaecida algunos meses después (15 de junio del año 991), durante su permanencia en

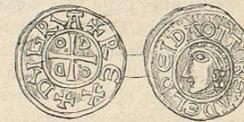
Nimega, fué considerada como un verdadero desastre, pues la corta edad del rey Oton III, que solo contaba once años, hacía necesario un nuevo gobierno de regencia. Ya se comprenderá que para desempeñarlo comenzóse por prescindir de Enrique de Baviera, que tan mal papel había desempeñado en 983 y 984. Mas propio era que la tutela del joven monarca, su educación é instrucción y aun la dirección de la regencia pasaran á manos de la emperatriz Adelaida. En ellas se depositaron, en efecto, pero únicamente en cuanto á la dirección y á la representación del imperio en el exterior, pues lo que, después de la muerte de Oton II, no habían conseguido los príncipes, á causa de la conducta del episcopado, lo conseguían con el nuevo cambio sin esfuerzo alguno; de suerte que tuvieron participación en el gobierno, ejerciendo cierta influencia en él por medio del derecho de inspección. De modo que la regencia no estaba en manos de una sola persona, sino en las de un consejo de regencia, institución que no solo aseguró el influjo de los príncipes laicos y eclesiásticos en los asuntos de Estado, durante la menor edad del joven rey, sino que aumentó extraordinariamente para el porvenir su consideración é importancia en frente de la monarquía. Era muy puesto en razón que al lado de Adelaida, á la cabeza de este consejo de regencia, estuviera el leal Willegis de Maguncia, pues en él, como afortunado adalid de la legitimidad en la crisis del año 983 á 984, se personificaba además la alianza por Oton fundada entre el Estado y la Iglesia, entre la monarquía y el episcopado, y con él desaparecían los antagonismos que amenazaban turbar la paz interior. De entre los magnates laicos, los duques Bernardo de Sajonia y Conrado de Suabia eran los que más influencia ejercían en el seno de la regencia. El digno Eckardo de Misnia tenía también gran influjo en este consejo, al cual perteneció posteriormente el duque Enrique de Baviera, hijo de Enrique el disputador, el cual abandonó la política de su padre y fué un firmísimo apoyo de la soberanía de la antigua línea. Sin pertenecer formalmente al consejo de regencia, ejerció asimismo, por lo menos temporalmente, gran influencia la hermana de Oton II, Matilde, abadesa del convento de monjas de Quedlinburgo, cuyo parecer era consultado cuando se trataba de resolver cuestiones difíciles é importantes. Sin embargo, esta corporación, no organizada fuerte y formalmente, carecía de condiciones para dirigir con energía los asuntos del Estado: faltábale la unidad de la voluntad gobernante que Teofana había sabido con talento y fuerte mano emplear. En aquel consejo se atendía á consideraciones y á influencias que en realidad no estaban justificadas. La regencia se encontraba en mala posición en frente de los príncipes, pues sus miembros no podían sostener, delante de sus iguales, las riendas del gobierno con la misma energía con que hubiera podido hacerlo una representación unipersonal de la monarquía. Por eso en el período en que la Alemania estuvo nominalmente gobernada por Adelaida se aflojaron un tanto los lazos que mantenían unido al imperio, á consecuencia de lo cual no solo los ducados consiguieron mayor independencia, y los que al frente ó en posesión de ellos se encontraban despojaron cada vez más su posición del carácter oficial que tenía, sino que también los obispos, condes y demás se mostraron independientes en frente del trono. El imperio, que hasta entonces había ido hacia una centralización siempre creciente, se encaminó por sendas peligrosas que debían conducirle ó á la desmembración ó á la lucha intestina entre los poderes independientes y la monarquía que reclamase sus derechos. Las funestas consecuencias de esta situación se dejaron sentir también en el exterior: la Francia occidental, bajo la dominación cada día más fuerte de los Capetos, se emancipó completa-

mente de la influencia de Alemania, y la guerra de cinco años que se sostuvo en el Norte contra los wendos no tuvo éxito alguno, á pesar de los esfuerzos y sacrificios que se hicieron, pues acabó con un armisticio en virtud del cual se dejó al enemigo todo cuanto se le había tomado.

Así estaban las cosas cuando en 995 cumplió Oton III quince años, y considerado como mayor de edad pudo por sí solo empuñar las riendas del gobierno. Este hecho, importante no solo para el joven soberano sino también para los pueblos cuya suerte estaba en manos de un joven, fué altamente funesto para todos, como lo demostraron los posteriores tiempos. Con él comenzó un período de terrible confusión, cuyas consecuencias pesaron durante algunas generaciones sobre Alemania y sobre todos los países unidos al imperio. Los fundamentos del orden de cosas que en el Estado y en la Iglesia había dominado hasta entonces no solo fueron conmovidos por el excesivo celo de un soñador exaltado, sino que se vieron por completo cambiados. El gobierno de Oton III, en su entusiasmo noble, pero extremado y ajeno por completo á la realidad de las cosas, se propuso crear un Estado y una Iglesia ideales y realizar con la unión de uno y otra el soñado reino de Dios sobre la tierra. El principal representante de esta tendencia era el joven emperador, pero no lo había llegado á ser por impulso propio, sino que había sido educado para serlo é imbuido con este objeto en la creencia de que estaba llamado á realizar sobre la tierra el verdadero orden de cosas querido por Dios. Por extrañas y múltiples que fuesen las formas en que debía realizarse este ideal y por extravagante que pudiese parecer la fantástica agitación de los contemporáneos, ocupados en otros cuidados, el movimiento en general tenía un fundamento arraigado y justificado y fué causa de una poderosa corriente moral é intelectual, cuya benéfica influencia en aquella época de rudeza no puede desconocerse. El pequeño partido eclesiástico, dominado por un entusiasta celo, cuyo programa consistía en llevar á la práctica hasta sus últimas consecuencias los principios cluniacenses, había hecho de aquel joven y sabio rey el instrumento ó el héroe que debía poner en práctica sus ideales, que eran, á su modo de ver, los únicos justos, porque realizaban el reinado de Dios sobre la tierra. La casa sajona, como si tratara de reparar lo que en aquel territorio habían descuidado sus antepasados, había mostrado desde un principio interés sumo por las cosas espirituales y encontrado así ocasión de levantar el prestigio del clero y robustecer su propia posición. En esta tendencia, y por el influjo de la ilustrada Teofana y luego de Adelaida, se puso cuidado extraordinario en la educación del joven rey; pero hubo en ella una contradicción que debía producir sus consecuencias, pues habiendo sido criado Oton III en Sajonia, cuya nobleza estaba poco familiarizada con la refinada cultura de la época de los Otones y donde todavía en parte vivía el paganismo así en las costumbres como en el modo de pensar del pueblo, los usos caballerescos patrios en que le había educado el conde Hoiko, debían parecer groseros y aun bárbaros en frente de la civilización griega y de la romana, representadas en su madre y abuela y en cuyos tesoros intelectuales había sido iniciado por su profesor el calabrés Juan, que después fué recompensado con la rica abadía de Nantula y últimamente con la diócesis creada en Piacenza. Al lado de este encontrábase también Willegis de Maguncia y el obispo Bernwardo de Hildesheim, que le ayudaban en su tarea de educar al monarca. Ambos eran sajones de nacimiento, pero el espíritu religioso romano había borrado en ellos toda huella de tales. Willegis personificaba la alianza íntima de la monarquía de los Otones con la Iglesia romana; y Bernwardo, discípulo de Thangmar, famoso por su erudición, y pre-

ESTADOS DE OCCIDENTE

sidente del seminario de Hildesheim, era el representante de la suprema cultura intelectual de aquella época. Bernwardo, dotado de vastísima instrucción y de sentimiento artístico, conmovedor y patético, había sido llamado, en 987, siendo aun muy joven, para educar á Oton, sobre el cual llegó á tener gran influencia; y precoz como era, dirigió el desarrollo de su alumno por el camino de igual y aun mayor precocidad. Había abrazado las doctrinas religiosas más austeras y rindió homenaje á las tendencias ascéticas de los cluniacenses, despertando en el alma de su discípulo la inclinación hacia estas y fomentando la tendencia hereditaria que le llevaba hacia la meditación y hacia el cuidado de la salvación de su alma. A esto deben añadirse el sitio en que había nacido Oton III y la posición que estaba llamado á ocupar. A estas cualidades y tendencias se unía en el emperador un deseo de dominación que rayaba en lo extraordinario. Hijo de un soberano que, niño todavía, había recibido la corona imperial, y cuya brillante y corta carrera había simbolizado la realización del ideal de la dominación universal; hijo también de una madre que en la cuna le había imbuido ya en las tradiciones del



Moneda de Oton III y Adelaida.

Anverso: D-IGR-A REX; en la parte de delante y en la de arriba de la X dos bolitas; en el centro una cruz; en el primer ángulo de esta una O con una bolita debajo, en el segundo una D, en el tercero una O con dos bolitas debajo, y en el cuarto una D. Reverso: una testa coronada con la inscripción: OTTO REX ADELHEIDA.

imperio bizantino; uniendo, por su educación, á un fondo eminentemente alemán las conquistas de las civilizaciones griega y romana; guiado por su profesor Bernwardo hacia la austeridad y el ascetismo religiosos; criado en la ruda patria sajona de sus antepasados, que ofrecía poco campo á la fantasía de un joven, y en medio de una sociedad artificial de elevados ideales, pocas veces en armonía con la realidad de las cosas; poseído de ideas extraordinarias acerca de sí mismo, de sus derechos y de su poder; dominado por una especie de fatalista en sí mismo y, al propio tiempo, por un sentimiento proporcionado de su responsabilidad; á menudo abrumado por esta, á veces sucumbiendo bajo su peso y luego retirándose del trato social para sufrir en la soledad los tormentos de su corazón con el fin de hacerse, por medio de las prácticas religiosas más austeras, digno de ser objeto de la divina gracia é instrumento elegido por Dios para el gobierno universal; tal se presentó Oton III, apenas entrado en la adolescencia, al frente de una sociedad que no conocía, que no correspondía á sus ideales y á la cual quiso transformar arrastrándola consigo por la senda inmensa de la fanática especulación político-religiosa,—fenómeno extraño que pecaba por la contradicción entre una voluntad titánica y un poder insuficiente que le hacía caer siempre de nuevo en la despreciada tierra,—llevado de sus planes para crear un nuevo mundo, que no producían más resultado que la destrucción del existente.

El modo de pensar y de proceder del joven soberano nada de común tenía con Alemania: sentíase arrastrado hacia el espléndido Sur, con cuyos resplandores le parecía doblemente seductora la corona imperial. Allí estaba, según él, el centro del mundo; aquel era el único teatro digno de sus elevadas miras. Hacia allí le impulsaban los deseos de sus in-

timos consejeros, en cuyo ánimo presidían los sentimientos religiosos mas austeros: era preciso levantar al pontificado de la abyección y de la servidumbre en que estaba sumido, libertar á Roma de la dominación de Crescencio y hacer de ella el centro del soñado reino de Dios, reconquistar la Baja Italia, y renovar la alianza con la patria bizantina de la emperatriz madre. Mientras sus embajadores se dirigían á Constantinopla, para pedir la mano de una princesa griega, Oton reunió, á principios del año 996, el ejército para llevar á cabo su expedición al otro lado de los Alpes. Esta empresa fué apoyada por muchos príncipes eclesiásticos que con su dinero, sus vasallos y sus servicios personales iban á luchar por los intereses del reino; además, como se trataba de libertar á la Iglesia y de restablecer el pontificado, el fanatismo religioso se adhirió á ella con entusiasmo. Este objetivo se adivinaba con solo ver el aspecto exterior que ofrecía la expedición que á Roma se encaminaba. En efecto, los alemanes se dirigían hacia el Sur rezando y entonando salmos, como si se tratara de una peregrinación. El día de Pascua del año 996 los expedicionarios estaban ya en Pavia, donde les prestaron homenaje los lombardos. Allí recibió Oton la noticia de la muerte del papa Juan XV: Roma, cansada de la tiranía de Crescencio, se inclinó gozosa ante la restablecida autoridad del soberano alemán. Al llegar Oton á Rávena presentáronsele embajadores de los romanos suplicándole designara quién había de ser nombrado papa. Ya se comprenderá cuánta impresión produciría esta sumisión espontánea de la Iglesia en el ánimo de aquel joven monarca embriagado con la posesión del poder; todas las dificultades parecieron vencidas y sin lucha alguna creyó ver cumplida la condición de la cual dependía la realización de sus fantásticos proyectos. Las austeras tendencias religiosas que los eclesiásticos confidentes íntimos de Oton querían introducir en la soberanía de la Iglesia, podían ya enseñorearse del pontificado y por tanto de la dirección de la Iglesia. A este propósito, nombró el rey papa á Bruno de Carintia, hijo del conde Oton y nieto de Conrado de Lorena y de Liutgarda, que contaba veinticuatro años de edad y era uno de los mas fanáticos partidarios de las nuevas tendencias. Así, en el momento en que el rey alemán tendía la mano para apoderarse de la soberanía universal, tuvo á su lado un papa alemán por él nombrado: las dos dignidades mas altas que la cristiandad reconocía estaban en manos de dos jóvenes alemanes que se proponían dar al mundo la forma que, á su modo de ver, mejor se avenía con la misión que Dios les había ordenado llevar á cabo. Pero entonces el soberano laico no era, como en tiempo de Oton el Grande, el que mayor autoridad ejercía; la dirección estaba en manos del soberano espiritual y la Iglesia se aprestaba á dar órdenes al Estado. Los horrores de que había sido teatro Roma desde la muerte de Juan XIV hubieron de parecer á algunos horrible pesadilla al ver la sede pontificia ocupada por un joven alemán, en quien revivía el espíritu de un Gregorio I y de un Nicolás, y que hacía sentir todo el peso de su autoridad aun sobre aquellos que se resistían á reconocerla. Entonces la Iglesia franco-occidental perdió toda esperanza de hacerse independiente y las teorías por el sínodo de Reims reconocidas desaparecieron ante la reacción que sufrió el pontificado. Gregorio V, que así se llamó Bruno de Carintia, tomó con decidido empeño la defensa de Arnulfo de Reims: no se crea que al proceder así aquel severo papa, que á todo anteponía el honor y la dignidad de la Iglesia, lo hiciera por simpatía hacia la persona de aquel arzobispo, que había dado hartos escándalos y merecido de sobra la destitución; lo que le indujo á abogar por Arnulfo fué la patente injusticia del procedimiento contra este seguido, que no se avenía

con los preceptos moderados contenidos en las falsas decretales de Isidoro. Después de larga resistencia, el episcopado de la Francia occidental, que tan audazmente se había levantado contra el pontificado, cedió por fin; los acuerdos del sínodo de Reims fueron revocados y Arnulfo fué repuesto en su sede arzobispal, después de haber sido privado de ella Gerberto, que le había sustituido. Por aquel tiempo dirigió el papa severas censuras eclesiásticas contra el rey Roberto de Francia; y Adalberto, obispo de Praga, que á causa de una contienda con el duque de Bohemia, y disgustado por la obstinación de sus diocesanos, se había retirado á un convento de Roma, vióse obligado á volver á su diócesis y á cumplir sus deberes de obispo.

La corona imperial, que Oton había recibido en 25 de mayo del año 996, alcanzó mayor importancia por venir de manos de tal pontífice. Pero la benignidad y la bondad con que se procuró atraer al nuevo orden de cosas á los que hasta entonces habían sido considerados como adversarios, fueron tomadas por debilidad. Apenas hubo salido de Roma el emperador, y apenas iniciada la ejecución del programa de Gregorio V, comenzó á notarse de nuevo la agitación, la cual se aumentó hasta tomar el aspecto de verdadera rebelión. Gregorio V tuvo que huir á Pavia y Crescencio se apoderó nuevamente del mando de la ciudad, nombrando papa al antiguo maestro del emperador, el calabrés Juan, que tomó el nombre de Juan XVI y procuró á toda costa conquistarse el apoyo de Constantinopla. El joven emperador se encontraba ya de regreso en Alemania y se hallaba en Magdeburgo cuando tuvo noticia de tales sucesos. En seguida se apresuró á marchar hacia Lombardía y por segunda vez se presentó en Roma (febrero de 998), al frente de los leales partidarios que allí tenía, y á los cuales levantó en armas. La rapidez con que se había presentado causó gran impresión, y mientras Crescencio, que no podía esperar clemencia, se aprestaba á resistir desde el castillo de Sant-Angelo, la población abrió las puertas de la ciudad é hizo entrega de Juan XVI á las tropas imperiales. Un sínodo presidido por Gregorio V pronunció sentencia contra el antipapa, y á pesar de la intercesión del emperador, Juan fué condenado por el enérgico Gregorio V á perder la vista, á ser luego paseado por la ciudad montado en un asno para que fuera objeto de injurias y de vergüenza, y por último á terminar sus días en triste cárcel. En vano el piadoso anacoreta Nilo, que vivía en olor de santidad, se apresuró á ir á Roma para hacer, con su intercesión, que se suavizara el castigo impuesto á su amigo. Entonces se aplicó vigorosamente el sistema de terror que las alemanas armas habían implantado en la Iglesia. ¡Cuán clemente y bondadosa pareció entonces la conducta seguida por Oton el Grande para con Benedicto V que á sus pies se había postrado! Roma temblaba ante el papa alemán que, en su impetuosa juventud, se propuso transformar la Iglesia amoldándola á sus ideales. Entretanto, terminó á fines de abril la resistencia de Crescencio, que había sido sitiado en el castillo de Sant-Angelo por Eckardo de Misnia, que tan valientemente había combatido á los eslavos. En vano solicitó perdon el rebelde caudillo: el tirano de otro tiempo fué decapitado en las almenas á la vista del pueblo horrorizado; su cadáver fué arrastrado por las calles de la ciudad y finalmente suspendido de una horca, sufriendo igual suerte que él doce de sus cómplices. Todo el mundo se inclinaba obediente y presa de espanto ante el emperador y su papa, cuya acción común tendía á poner de nuevo á la Iglesia en posesión de todos aquellos bienes y derechos que había perdido durante los tiempos de desórdenes y de rebeliones. Era un ejemplo admirable y nunca visto el que ofrecían aquellos dos jóvenes alemanes que desempeñaban las

dos dignidades mas altas de la tierra que entonces se conocían. Trabajaban, por cuantos medios les proporcionaba su autoridad política y eclesiástica, para imponer al mundo rebelde sus ideales políticos y religiosos, en parte hijos del espíritu austero de los cluniacenses y en parte reproducciones del antiguo imperio romano con tinte bizantino, sin advertir que á sus pies se iba hundiendo el terreno antes tan fuerte de la realidad y que se elevaban á regiones en las cuales hacia mucho tiempo que habían perdido su fuerza las leyes de la vida práctica. Podía preguntarse cuánto tiempo duraría esta armonía entre el imperio y el pontificado, hija de la amistad íntima y de la identidad de miras y sentimientos que entre ambos jóvenes existían. En la naturaleza y extensión de las pretensiones que uno y otro formulaban para la autoridad que cada cual representaba, había gérmenes suficientes para futuros conflictos; la garantía de una inteligencia amistosa descansaba únicamente en la necesidad de vencer á los adversarios políticos y religiosos que los dos tenían que combatir; pero este *César-papismo* que se ofrecía á los admirados ojos del mundo repartido en dos personajes, no podía ser duradero. La prematura muerte de Gregorio V puso claramente de manifiesto cuál era la solución que buscaba Oton III á esta contradicción existente y cuáles eran los proyectos que tenía meditados para completar y ampliar el estado de cosas existente. En efecto, Oton nombró entonces por sí y ante sí al que había de suceder á Gregorio V, prescindiendo del derecho de elección que tenía el clero romano y de la cooperación de la nobleza y del pueblo de Roma. Mientras Oton I no se había atrevido, ni aun en los tiempos de su mayor poderío, á atentar contra aquel antiguo uso, contentándose con la confirmación del elegido, su nieto introducía una innovación que consumaba la completa dependencia de la Iglesia respecto del imperio. El hecho de haber sentado en la silla de San Pedro á un representante de las mas austeras tendencias no excusaba en manera alguna la conducta de Oton. Gerberto de Aurillac, que fué quien, con el nombre de Silvestre II, ocupó la sede vacante por muerte de Gregorio V, era un hombre notable é importante, en cuyo pasado había varios cambios de conducta y de modo de pensar. Antiguo alumno de la escuela establecida en el convento de San Geraldo (Aurillac), y llevado por una feliz circunstancia á Barcelona, había llegado á poseer desde sus juveniles años, al lado de Oton, obispo de Vich, y ayudado del conocimiento de los adelantados árabes, un caudal de ciencia extraordinario para aquella época, lo cual le granjeó en Roma, á donde fué acompañando á su obispo, gran consideración y el ser recomendado por el papa Juan XIII al emperador Oton I. Esto no obstante, prefirió continuar sus estudios en Reims, que entonces estaba regida por el arzobispo Adalbero y que era famoso centro de la ciencia. En 980, volvió Gerberto á Italia, donde se conquistó el favor de Oton II, quien le concedió la rica abadía de Bobbio. Muerto el emperador, tuvo que huir ante los ataques del partido hostil á Alemania, regresando á Reims, donde fué cordialmente acogido por el arzobispo Adalbero. Gerberto mostró á la dinastía imperial su agradecimiento por sus favores y mercedes defendiendo, en unión con Adalbero, ante el hostil episcopado lorenés, el derecho de sucesión del pequeño Oton y contribuyendo poderosamente con su actividad á que triunfara la legitimidad en Lorena. Posteriormente se unió al sucesor de Adalbero, el inquieto Arnulfo, y apoyó durante algun tiempo con su autoridad los esfuerzos de este prelado, bien que desconociendo completamente sus pérdidas intenciones. Esta unión, que hubiera podido ser funestísima para él, no tuvo malas consecuencias, porque no solo supo romperla oportunamente sino que consiguió también en medio del desorden producido

por las luchas de partido, hacerse recomendable bajo tantos conceptos y dominar de tal manera la situación que, después de la destitución de Arnulfo, anulada como ilegal por Gregorio V, fué nombrado su sucesor en la sede episcopal de Reims. La tentativa que hizo para justificarse y para demostrar que su nombramiento estaba ajustado á los preceptos canónicos no tuvo éxito alguno, y fué suspendido en sus funciones eclesiásticas por un legado pontificio y amenazado con un grave proceso canónico. Entonces acudió á Roma; allí conoció á Oton III, y con su vasta erudición científica, con su admirable talento y con el vuelo ideal de su imaginación, que se elevaba hasta lo místico y lo fantástico, conquistó tal influencia en el ánimo del emperador, que poco después de su regreso á Francia fué invitado á fijar su residencia en la corte imperial. Amigo de la pompa, accesible á los halagos terrenales, cortesano por naturaleza y poseído de noble ambición, aceptó gozoso la invitación que se le hacía y se dirigió en 997 á Sajonia, donde fué objeto de una acogida doblemente cordial, pues encontró á Oton afligido por la noticia de la muerte de su querido amigo Adalberto de Praga, el cual, obligado por Gregorio V á volver á esta ciudad y comprendiendo la imposibilidad de trabajar allí con provecho, había buscado una nueva esfera de acción en el lejano Nordeste, donde murió mártir de las perfidias del paganismo prusiano. Gerberto, desde entonces, estuvo en íntimo trato con el emperador, y cuando este tuvo que ir á Roma para combatir á Crescencio, sostuvieron ambos una animada correspondencia. Parte por tener cerca de sí á su ilustrado amigo, parte por indemnizarle de la pérdida del arzobispado de Reims, donde Gregorio V había repuesto á Arnulfo, Oton III consiguió, después de haber vencido á Crescencio, que el papa nombrara á Gerberto arzobispo de Rávena, y al fallecer, poco tiempo después, el pontífice, le nombró su sucesor en la silla de San Pedro.

Gerberto tomó intencionadamente el nombre de Silvestre II, pues quería seguir el ejemplo del hombre á quien la tradición eclesiástica señalaba como el fundador de la soberanía temporal del pontificado. Queriendo Gerberto desempeñar su nuevo cargo en este sentido, abandonó como erróneas algunas de las opiniones que antes había sostenido y se propuso imponer á la Iglesia, con la autoridad que como sucesor del príncipe de los apóstoles tenía, doctrinas que anteriormente había combatido con toda la viveza de su profundo talento y con todo el ímpetu de su erudición teológica. Gerberto no pudo tampoco librarse de la poderosa influencia que las tradiciones de la política pontificia ejercían sobre él, su antiguo enemigo, y puso incondicionalmente toda su persona al servicio de aquellas tradiciones. Aunque en otro tiempo, siendo obispo de Reims, había combatido por inútiles el celibato de los clérigos y los ayunos, y aunque durante la lucha del episcopado franco-occidental contra Juan XVI, se había alzado contra la idea del primado pontificio, á la sazón consideró aquellas opiniones como errores de su juventud. Silvestre II profesaba los principios establecidos en las falsas decretales de Isidoro, pero las consecuencias que de ellos sacaba estaban espiritualizadas y ennoblecidas por la santa austeridad de Clugny, que en alto grado le dominaba. En su famoso libro para la instrucción de los obispos (*De informatione episcoporum*), dice expresamente que el poder episcopal fué directamente instituido por Jesucristo, con lo cual lo hizo superior á todo poder terrenal, incluso al del rey y al del emperador; de aquí que exigiera en los llamados á ejercer tan elevado cargo una conducta irreprehensible y que reclamara la severa corrección de todo vicio y de toda inmoralidad. Una de las cosas que para él mas importancia tenían era cortar las tendencias simoníacas que